

Amanda Patarca
AUTORA

AMANDA PATARCA

**El convite
de la Mora**



Primer Premio XEROX
para autores inéditos
"Novela corta 2001".
Concurso organizado
por la FUNDACIÓN EL LIBRO
en la 27.ª Exposición
Feria Internacional del
Libro en Buenos Aires



Grupo Editorial Lumen
Buenos Aires - México

ÍNDICE

A MODO DE RAPSODIA	3
PRELUDIO	9
PRIMERA PARTE	14
CONVOCATORIAS	17
A MARÍA DE MAGDALA, LA MAGDALENA	18
A BALDOMERO -SU PRIMER AMOR-	21
A LUIS -SU ÚNICO ESPOSO-	23
A GABRIELE D'ANNUNZIO	26
AL ESPÍRITU SANTO	30
A JULIO A. ROCA, EL ZORRO	32
SEGUNDA PARTE	38
CELEBRACIÓN DEL CONVITE	39
RESPUESTAS	43
DE BALDOMERO	44
DE LUIS	48
DEL POETA GABRIELE	52
DEL DEMONIO	54
DE JULIO	60
DE MAGDALENA	66
TERCERA PARTE	73
CONSUMACIÓN	74
FINAL	78

A MARÍA DE MÁGDALA. LA MAGDALENA

María de Mágdala, por ejemplo. La del deseo frutal al que en el oasis de su propio cuerpo mitigaba; la que en llanto incontrolable quedó en la historia suplicando por el perdón de su único pecado. Hoy su recuerdo me aproxima a ella en su infinita etapa de gestación. La breve duración de su semblante, unido a la armonía de su cuerpo hermoso, me aleccionó sobre el destino de las cosas y la necesidad de la resignación. Su sino fue quedar en mi memoria, de la que no saldría hasta que yo misma me apagara. Y como su imagen dependía de mí y yo lo sabía, comencé por hacerle comprender, mientras tallaba, que debía poner todo su empeño para confiar en mí. Yo, por mi parte le otorgaba mi optimismo.

Magdalena me costó trabajo. Su textura exacta no salía. Entre mis manos la sentía áspera, rústica, sin terminación. Tal como la compaginación de todos los tiempos quiso mostrarla. Yo fui, tal vez, la única que opuso a los designios de esa historia, la fuerza correctora. Las mujeres actuaban intramuros, siempre, pero ella no obedeció. Así le fue. No le pudo haber ido peor. Ni santa ni redimida. Oscura, sin perfil, sin identidad. Otorgando placer sin conocerlo. Por simple necesidad. Sin hijos y sin obra. Sin ofrecer ejemplos ni valores. Sin envidia sobre su persona. Soportando el peso del escarnio ubicado en su espalda y con la enorme responsabilidad de haber otorgado el testimonio sagrado de la más sagrada de las desapariciones. Hecha polvo quedó un día entre mis manos. Mi cuerpo entero vibró con su derrumbe, cuando la fuerza de mi cincel buscaba en sus relieves los detalles de la perfección. De luto aún por su frescura de humo, todavía vive en mi memoria y para siempre.

Se fue de mi vida, como de su vida se fue un día Él. Jesús, ese eterno recuerdo al que María de Mágdala, la Magdalena, siempre mantuvo en suspenso latente, flotando a su lado, sólo para poder

lograr pensar en olvidarlo al otro día y así volver a empezar a recordarlo luego, como si nada de lo sucedido hubiera pasado, nunca.

Me asumo como Magdalena. A mi imagen y semejanza la fui construyendo. Ella tuvo de mí los desvelos con los que pretendí honrarla. Resguardándolos dentro de sí, los atesoró como a mis ambiciones. Como a mi mansedumbre y mi prudencia, también. Una cosa sé y es la que importa: si yo no vibraba bajo el golpe de la maza, tampoco iba a vibrar ella. Su corazón fue el mío y un día yo misma calenté el frío de su mármol con el calor de mis manos. Ella ha de cobrar vida al soplo de mi aliento, tal vez un día cualquiera, el que sea. Señor, quiero leños. El invierno es muy frío y dura demasiado. Quiero leños para mostrar mi alma, para caldear mi corazón con la esperanza puesta en el vibrar unánime y para que mi Magdalena, que ya no está conmigo, hable alguna vez por mí. Ella, la que con los leños encontrados a la vera de su senda, alzados por ella misma y transformados en nutrientes, se mantenía, mientras la llama ardiente de la pavesa que la ensartaba de arriba a abajo, la consumía, para otorgarle el resplandor con el que el mundo la distinguiera siempre y en todo lugar. Yo bien sé que la pavesa de mi existencia se consume, consumiéndome también, junto al gran fuego que continuamente debo producir. El mármol no se conforma con poco pero, a veces, un simple toque de cincel, un leve soplo, o acaso un suspiro, lo convierte en polvo, más allá de la ruina y el escombros. Y yo, que soy de mármol como concluida lo iba a ser ella, lo sé bien. Tan bien como sé que son muchos los varones-leña que la vida nos obligó a conocer. Por mi parte, a cada uno de ellos fui pidiéndole, como ella lo hizo mucho tiempo antes, sólo aquello que podían dar. No existieron ni antes ni después de nosotras, legisladoras más prudentes. Tal vez por eso, las leyes que me he dado, siempre fueron cumplidas. Jamás pedí peras al olmo. Mi padre, presintiendo no sólo mi ambición, sino la gran necesidad futura, por ella generada, me regaló un padrino. Y yo, que aprendí con el tiempo a valorar la sombra conseguí, sin mayor sacrificio, el logro de refrescarla, cuando arreciaba el calor. Ah, olvidaba decirles que nací almibarada y que en cuna mullida me crié; palo rosa y naranjo, así fue. Por un lado el azúcar y por el otro, un manojo de algodón. Soy tucumana, de Trancas. Tal vez por ese detalle nunca pedí a quien no diera. Creo que eso no sólo me mantuvo, sino que me salvó. Soy y fui vital y me había impuesto siempre un objetivo. ¿Qué esperaban que hiciera? La obra que perdure hablará por mí algún día. ¿Y por qué no? ¿No hablo yo por Dios en mis estatuas acaso? Al menos eso es lo que dicen. Y yo a veces no sólo escucho cosas, sino que me las creo. Mis obras transpiraron mucho cuando, exigiéndoles, pretendí dominarlas. Ellas se mojaron con mi sudor siempre, cuando tercamente insistí ofreciéndoles detalles. Soy un ser humano y vivo o, al menos, al día de hoy siento que no he dejado de serlo. Tal vez por eso, el abrazo me confunde, aunque no siempre, sólo a veces.

A BALDOMERO

¡Ay, Baldomero! ¿Dónde te habrás metido? No sé si recordarte con todas las virtudes que mi amor depositó sobre tu corazón, por demás acelerado cuando me abrazabas, o dejarte morir junto al camino que, por llevarte tan lejos, yo tanto le temía, o junto al río aquel, del cual emergiste casi por milagro cuando mi esperanza te daba por muerto.

Es verdad. La espera es molesta. Insoportable. Mejor masacrémosla. Rompamos el trato que nos hace sufrir. El amor es un juego muy cruel, para el que se requiere -sobre todo- valentía. Mil veces repetías esas frases tristes, no muy convencido, hasta que cumpliendo tu mitad indivisa, te fuiste muy serio y no volviste más.

La jugosa, completa y apetecible mujer de dieciocho años que era yo, se ahogó por un buen tiempo en sus propios sollozos. Custodiada de cerca como estaba por mis virtuosas y delicadas tías, sólo para conseguir de mí, con el paso de los años, el convencimiento de las bondades de ser mujer de un solo hombre. De uno solo. Pero eso fue, exactamente, hasta que la esperada reacción

pudo demostrarme que el amor no es tan sólo un juego cruel sino, además, química pura. Y largándome con toda mi furia por el camino de la demostración. La ciencia y la experiencia hicieron el resto.

Baldomero.... mi amor... Mi espectral e imposible amor primero. Ha llegado el momento de decirte, tiernamente y hasta con una cierta sonrisa, que esta interminable atadura que con vos mantengo a pesar de mí, a causa de mi impotencia, surge desde la raíz misma de mi doloroso aunque comprensible resentimiento. Y me vengué de tu actitud, una y mil veces, sólo por no haber sabido esperar. Por haberte negado a hacerlo, convirtiéndome en tu perpetua víctima.

¿Será necesario explicarle alguna vez a alguien, qué es lo que se siente cuando se buscan sólo las reacciones químicas, con la desesperación del que ha perdido aquello que más quiere, por negarse a querer como se debe a quien se quiere mucho en ese instante? ¿Será necesario explicarle a ese u otro alguien qué es lo que se obtiene, para conformarnos en cambio, con un simple destrabe, con la detallada, minuciosa investigación de todos los resortes humorales, los cuales -al liberarse de uno solo de los lados, nos permiten gozar con vibraciones tan parecidas o iguales a las que nos otorga el amor natural?

A LUIS HERNÁNDEZ

Luis Hernández... Cuando lo conocí, su olor de macho en celo, persistente, inquietaba mis días, desvelándome. Su mirada implorante, desde la profundidad de sus ojos tristes, me dictaba la ley, pero la ley del deseo no es como las otras. Las otras no rompían barreras, ni ignoraban los límites impuestos por los otros.

Quiero que vengas aunque no sepas dónde ubicarte ni yo dónde ponerte ni qué hacer contigo. Comprendeme. Es que eso que hacíamos juntos ya no es posible que lo hagamos más. Sin embargo, te invito porque necesito escucharte; necesito comprobar que en todos estos años has crecido, que nada de lo vivido por cada uno de nosotros ha sido en vano. Fugaz sí, pero no innecesario. Quiero que me contestes hasta enfrentarme, que me retruques hasta el desprecio. Como te gustaba hacerlo cuando estábamos juntos. Quiero que no me dejes morir sin torcer el rumbo de mis conjeturas, de persistir en la idea de la existencia de la tangente atroz. Aquella que a tu entender me conducía siempre a finales equivocados, porque no comprendías que tratándose de mi obra, las decisiones estaban en mis manos, sólo en las mías. ¿Te acordás cuando mentimos en el Registro Civil por temor a las represalias? ¡Que sombríos y sigilosos se habían tornado los comentarios cuando nos veían juntos! ¡Y qué orgullosa de mi pertenencia me sentía yo cuando la gente mirándonos caminar abrazados por cualquier calle del centro de Buenos Aires o de Roma, donde nos conocían bien, escuchábamos el rumor de la envidia perforando nuestra piel hasta encontrar el alma, que para ese entonces, debo reconocerlo, la mía era el doble de fuerte de lo que es ahora. Alguien me dijo hace poco, algo tan cierto que me obligó a sonreír, como ya casi no lo hago. Es que es verdad, después de los cincuenta lo único que se endurece es el cristalino. Debo estar loca, entonces, pretendiendo para mí el vigor de entonces.

Recuerdo que mi gusto por lo prohibido comenzó cuando Julio, el que me infundía su poder de zorro, tigre y león a la vez, sin yo comprender por qué lo hacía, me instó a enamorarte mientras conversábamos, por demás tranquilos, en la fiesta de homenaje a José Hernández, tu tío. Él me dijo que tenías temperamento artístico y que trabajabas muy cerca de mí en el Congreso. Y yo lo miré seria, porque no terminaba de entender. ¿Era una consigna? ¿Era un desafío? ¿O la expresión dicha en voz alta de su intención de apartarme de su lado sagazmente? Aún hoy no conseguí respuesta para esa multiplicidad de preguntas. Mi ego no necesitó buscarla nunca más hasta hoy; hasta el momento de sellar el sobre de su invitación, porque también a Julio lo estoy invitando.

Y era cierto lo de la proximidad en el Congreso. Apenas dos días después, cuando abandonaba el salón que me habían facilitado como atelier, nos cruzamos en un pasillo. A partir de entonces, tu

cuerpo se pegó a mi piel y nuestros componentes hicieron el resto. ¡Qué hermoso fue tenerte entre mis brazos, atrapada yo en los tuyos, no como si hubiera sido la primera, ya que eso nunca fue bueno para una mujer, sino la única, o la última, por haber sido lo mejor que te pasara. ¿Tenía nuestro amor, habiendo llegado a lo sublime, posibilidades de crecer? Tal vez por eso pensaba en la muerte mientras te tenía. ¿Morir así, aquella misma noche, hubiera sido heroico de mi parte. Para dejarle mi lugar a otra, pero por una circunstancia que no me involucrara. Sin embargo, mi historia tenía que seguir. Un muchacho muy joven y travieso, hermoso como el David de Miguel Ángel y todo para mí. ¿Qué pretendían que hiciera? Te tomé con mis manos, conocedoras hacendosas de texturas, de formas, de relieves, de materiales maleables o por demás indómitos y me entregué a la tarea de expresar mi lujuria, la que en tu cuerpo dejé durante años, hasta que te llegó el momento de entregársela a otra. Y a propósito, Luis, debo ser franca, Julio, que podía ser mi padre, por mi intermedio, logró enseñarte lo que yo, que te doblaba en años, pude aprender de él. De él aprendí, para aumentar tu goce, que las caricias pueden concretarse no sólo con las manos, sino con cualquier parte del cuerpo. Aprendí a demorarme en donde el vibrar, haciéndose más intenso, me indicaba proceder con insistencia. Aprendí a usar mi boca en función de tu placer y con ella resbalar por los lugares húmedos, en donde mi saliva dejaba de existir por confusión. Arqueada, vibrante, latiendo entre temblores coincidentes, compartía tu éxtasis hasta alcanzar el mío, intensa, prolongadamente. Mi locura alejó la posibilidad de hacer comparaciones. Julio disparó al aire la flecha que, partiendo del arco fabricado con mi propio cuerpo, atravesó tu corazón para volver sobre sus pasos y traspasar el mío. Allí, uniéndonos se quedó firme. Y fue tan natural, tan bien vivido, tan necesario, tan inobviable, que Julio -transformándose para tomar parte de algún modo, como testigo circunstancial de nuestro amor- comenzó a desplazarse, reemplazándome, sin que yo lo notara ni sufriera. ¡Veinte años tenías! ¡Y eras mi gloria!

AL POETA GABRIELE D'ANNUNZIO

¡Qué maravilla! Aún recuerdo, Gabriele, nuestro primer tiempo, de encuentros, como si no hubieran pasado los años, nuestras apacibles charlas demoradas en aquel cafecito de la Vía Appia, mientras el ángel de cobre verde del palazzo, a la intemperie, tomado muy sonriente de la cúpula, nos observaba, tratando de captar nuestra intención. Me hablabas entonces del exilio de tu alma transgresora ¡bendito sea! De la exaltación de los sentidos, provocada por el universo todo; el que movilizaba tu espíritu hasta hacerlo desembocar en el delirio. De todos esos temas hablábamos allí, desde donde veíamos al Ángel trepado en la cúpula del palazzo. De tus pasiones desbordadas, de tus poemas, nacidos a partir de esa clase agradable de inundación salvadora, mientras yo, animada por la comunión de nuestros latidos, te expresaba mi inquietud acerca del camino a seguir para plasmar mi obra, existiendo tantos para tener en cuenta. Las reacciones de mis pares eran las que en ese momento me preocupaban. Decime, Gabrielle querido ¿por qué toda esa gente me exigía, cuando yo les mostraba mis trabajos, que siguiera los ritmos de la moda, rechazando mi apego por la forma natural de la obra clásica? Indiscutible metáfora de la grandeza de Dios, por otra parte. Como sabés, yo admiro esas escuelas académicas que enseñan el misterio del contorno y las bondades del engarce justo. El que habrá de utilizarse sólo para intentar aferrar a la eternidad el logro producido, como hice yo. Además, no olvides nunca, Gabriele, que de allí provengo. ¿No era que la patria que nacía y que yo debía retratar, con sus volúmenes, tenía que fundar su fortaleza con una representación muy bien torneada? Y ¿no era todo eso, justamente, para que por los siglos y a partir de esa forma ya ocupada nadie osara cambiarla, sustituirla, corromperla, sobornarla, ensuciarla, venderla, entregarla en donación o en servidumbre? ¿Que otra expresión podría tener la patria, bajo la personalidad de la Bandera, de la Libertad, de la Justicia, de Juan Bautista Alberdi o cualquier otra, que la que yo le di? Los expresionistas ¿podrían

haberla hecho mejor? ¿Y Rodin, al que todos admiraron y admiran todavía? Lo dudo, Gabriele, lo dudo.

¡Ay, Gabriele ¿cómo hacerte entender? Yo no bailo el tango; yo soy el tango cuando lo bailo. Porque lo bailo, justamente cuando él, atreviéndose, se mete dentro de mí de tan manera, que deja de ser él para integrarme. Yo no creo en el cariño que me jurás. No me querés, decís quererme, pero lo que querés en realidad es incorporarme a tu cuerpo, absorberme, deglutirme y mi oscura cabellera, suavemente recogida, no se peina con el viento, como repetís, no; ella es el viento, el viento transformado en mi cabellera. Tal vez sea así todo, para que de alguna manera pueda ser yo la generadora de tu tentación y la encargada de mantener vivo por largo tiempo, tu deseo de acariciarme. Acariciar el viento cuando éste envuelve una piel suave y blanca como la mía, o una cabellera intencionadamente despeinada. Es que todo lo relacionado con la voluptuosidad sensual, suele anticipar momentos de alegría. Como cuando te permito acariciarme porque algo dentro de mí también me lo pide con actitud de exigencia, a veces. ¡Ay, Gabriele, qué difícil se me hace explicar aquello que sabés demasiado bien! Nuestros lenguajes se buscan sin encontrar la forma dominante, que haga posible el descenso hacia el normal y descansado tono musical. Todo es un brioso juego desarrollado entre nosotros con perfecto equilibrio, sin embargo. Todo. Juego en el que para salir airosos y sin mellas, los especiales seres temerarios e inconscientes que somos exponemos, como leales contendientes, nada menos que nuestro futuro activo, imaginado siempre por ambos y por todos, como jugoso y frutal. Incuestionable. Y eso ¿no es lo mismo que decir a todo o nada, sin la más remota posibilidad de perderse? ¿Sabés, Gabriele? Hoy me he dado cuenta de que juntos llegamos demasiado pronto al punto germinal. Nuestros propósitos se abrazan porque son pura simpatía intelectual. Tus ojos miran mis pupilas reclamando para todo tu cuerpo y por más tiempo, el calor que mis manos te otorgan al apretártelas, al acariciártelas, pero ese lapso no te alcanza y yo no sé cómo hacer para pedirte entrar en razón, que los leños necesarios para tu hoguera no puedo proveerlos con mi cuerpo, porque yo, de aceptar tu entrega -anticipada o coincidente- no podré detenerme, porque de eso se trata, de tu entrega, no de la mía, ahora. Es que al fundirte, el fuego y el calor que proporcionas, me hará olvidar no sólo que sos poeta y que tu herramienta es la palabra, con la que convencés al abrigar inviernos, sino también que con ella, envolvés, como lo hiciste conmigo tantas veces. Al menos por un rato. Y lo olvidaré. Seguro que lo olvidaré, porque siempre me olvido del leño que aprieto entre mis brazos. De quién es ese leño que sin remordimiento deberé calcinar; de cuánto vale íntegro, vital y saludable, como para resarcirlo cuando todo acabe como siempre acaba. El problema radica en algo que creo que es común a nuestra forma de ser; a ambos nos deleita el alimento que nos nutre; a ambos nos embriaga la belleza acechada, captada, consumida y transformada luego, a imagen y semejanza de nuestras hambrientas e insaciables almas. La energía que produce el cúmulo de ideas en estado de gestación -ideas ásperas pesadas, densas y filosas- pasa a constituirse en todo artista, sin que jamás éste se entere, en el arma mortal más efectiva, para conseguir la presa. Eso creo. La presa, tu presa o mi presa, da igual. Nuestros lenguajes convergen en el mismo punto, objetivo alentado y hasta enardecidamente perseguido. Y es esa presa, justamente, la que en un primer momento nuestro inconsciente elige con misterioso rigor. De la substancia alimenticia extraída e internamente elaborada con las infinitas combinaciones estéticas posibles, dependerá el grado de trascendencia vigorosa y eficaz de la obra concretada a expensas de ella. Obra que puede llegar al grado de sublime, como máxima expresión. De allí nuestra peligrosidad. Indirecta y por sobre todo, inconscientemente solapada.

AL ESPÍRITU SANTO

Mi creatividad debe elaborarlo todo, lo sé. Así pensaba entonces. Me lo han pedido a mí, con voces contundentes, no lo han hecho con todos, me decía a mí misma. Y para convencerme, proseguía: Es que ¿quién de los o las posibles artistas confiables, podría hacerlo mejor que yo, que nací nada más que para ésto y cerca, bien cerca, de algunos fundadores del país, además? Los que por saber, desde el vamos, cómo y de qué manera fui formada, confían tanto en mí como en la historia que, impulsada por ellos, hacia el futuro tiende. Más, esas señoras consideradas escultoras, es imposible que puedan animarse. Ellas son las que manejan el dinero de quienes dan su apellido para que los sobrevivan. Yo no integro esa troupe. Soy libre y por ahora pretendo que sea mi apellido y mis leyes, las que me sobrevivan. Y con la fórmula, que elija también yo. Y no tengo marido pero algún día de estos, a golpes de maza, habré de forjármelo. Aunque presiento, por las cosas que pasan, que tampoco aceptarán esta forma especial de gestación.

Luego de tanto tiempo, me he propuesto convocar hoy, al Espíritu Santo, el que siempre sobrevoló mi casa, sólo la mía. ¿Y quién otro podría haber sido? Intuyo que lo hizo para que yo me atreviera sin nunca sentir miedo. Esos bloques pesados de mármoles filosos que traía desde Roma, cargados con la angustia y el dolor del no ser, ya hablan por mi boca que ha quedado callada y dicen y dirán también, seguramente algún día, innumerables cosas de la mujer que fui... Me han confiado a los próceres, hace tiempo. Me los han encargado y yo respondí: ¡sí!. Tal vez porque, enardecida, tenía siempre ganas de frotar mis manos sobre los mármoles, hasta hacerlas sangrar. Tenía ganas, muchas ganas de golpear hasta encarnarlos.

Espíritu Santo, ¿Vendrás, entonces, o te excusarás diciendo: yo no fui?

A JULIO A. ROCA, EL ZORRO

Hoy me he levantado quejumbrosa. Y... no es para menos. La vida se me escapa y el torrente de sangre púrpura que en plena oscuridad transitaba por mi cuerpo presionándolo, se ha calmado. Ya no empuja. Ya no me obliga a juzgarme a cada instante, ni a exponerme para salir airoso. Ni a explicar lo que en aquel momento, para mis adentros, yo consideraba sencillamente inexplicable. Cuando mi destino me impuso este camino perdí la calma, justamente porque mi resolución, sin objeciones a favor de su cumplimiento, me obligó a no quebrantarla. Mis actitudes se volvieron solemnes porque mis fines se habían tornado sagrados. Todo mi devenir, transformado en irrevocable, me imponía esculpir para dar forma; para rescatar con mis sumisas manos, lo aún increado: esa misteriosa energía en potencial latencia, aquella que con voz inconfundible y sólo a mí en decibeles especiales dirigida, desde la penumbra brumosa de la espera, me llamaba. Fue así como dejando adrede un resquicio para que ocurriera, mientras buscaba cautelosa la perfección a golpes de martillo, el constructivismo anidó en mí. Y fui loba, confiada en mi fuerza, considerada inquietante o sobrehumana por todos los que me miraban actuar sin poder creerlo. ¡Yo, toda una mujer...! ¡Menuda y frágil, además! ¿Cómo era posible? ¿Qué trato demoniaco me daba consistencia? Los hombres con poder de decisión me conformaban alentando mi búsqueda y subiéndose de a uno gustosos a mi tren, el que como su dueña, sólo respondía a la tracción a leña, rigurosamente seleccionada. Todo fue tan tibio entonces, tan reconfortante el vaivén de mi cuna al calor de ese fuego... Tan alentadora la confianza depositada en mí por los fogoneros. Tan conscientemente premeditado todo por ellos y por mí, además. Recuerdo que ya arriba, en medio de ese cielo callado y sugerente, mi entusiasmo y el pago complaciente en moneda constante, me otorgaban el cenit del goce del volar o del permanecer flotando, sin intentar siquiera un simple cambio de actitud, un giro de intención, de posición del alma. Atenta y vigilante siempre, esperaba, trepada allí, el arribo de esa clase especial de brisa, en imperceptible proceso de transformación; creadora subrepticia de vendavales a los que, cuando quedaban rugiendo, desatados cerca de mí, yo consideraba mis más fieles cómplices, feroces y efectivos del objeto

preciso de mi razón. Allí me agité luego, como ningún ser pudo hacerlo en este mundo. Es así como pronto habré de deslizarme suavemente sobre la superficie frágil y delgada de mi propia nostalgia, transformada ésta en finísimo cristal. Y lo haré sólo para suplicarles a ellas, como siempre lo hago cuando tengo miedo, a mi madre -la divina- y a mis cariñosas tías, sus hermanas, que no pasen de largo. Que me acompañen penetrando, tomando cada una de ellas su lugar y permaneciendo allí, el mayor tiempo posible. Exactamente al llegar a la puerta de entrada de esa región tan mía, oscura y escondida, como para poder albergar allí todos mis recuerdos, entrañablemente.

Evocando a mi madre me evoco a mí misma, no como la madre real que podría haber sido, sino como la que tristemente no fui. La madre de un ser humano de carne, hueso y espíritu. Corrompibles como todos los cuerpos y los espíritus de los hombres y mujeres que he conocido a lo largo de mi densa vida, ahora tan pesada como el mármol y el hierro que durante todos estos años trabajé. Años por demás difíciles, pese a lo que de bueno pudo haber llegado a trascender de mí. Signados sobre todo por la murmuración y la calumnia, desarrolladas en medio de las tortuosas circunstancias que, rodeándome constantemente de desventuras y sin apartarse de mí ni un solo instante, me obligaban a rendir examen de aptitud todos los días, para poder justificar la razón de mi existencia: ese afán de parir obras excelsas y de encontrar en las profundidades de la tierra no sólo el germen de las formas, lo concreto, sino la esencia del hecho natural. A nadie le importaba mi eficacia y menos mi maestría, llamada idoneidad. Para existir y ser tenida en cuenta, me exigían -como aún lo hacen algunos con Dios- explicar lo inexplicable, lo obvio, obligándome todo el tiempo a permanecer callada, quieta y juiciosa, en los lugares donde ellos me ubicaban. Como si con la obra no bastara.

Querían para mí ese hijo que nunca llegó, tal vez porque su mismo padre no quiso llegar nunca. Ellos ansiaban para mí ese hijo, sin embargo. El que llamándome madre y quebrantando mi espíritu, aquietara sin culpas de su parte, mi enérgica, consciente e impetuosa manera de vivir. Todos sabían que a partir de su entrada en este mundo, las plegarias no alcanzarían para él. ¡Ay, madre, madre mía! ¡Madre...! Hoy evoco también a la que cuando joven, con ansias quise ser. Confieso, que no pude, porque las vueltas de la vida, con el paso del tiempo y las contrariedades, me hicieron desistir. Es verdad, no fui madre de ese hijo esperado que no vino, de espíritu fogoso, inmortal y perpetuo, y cuerpo degradable, como el de sus congéneres. Tal vez fue mejor así, que se quedara quieto donde estaba, negándose a compartir el pecado original generado por haber contribuido a gestar, entre las múltiples formas de la maldad, eso a que los habitantes del mundo del que fui parte y testigo frontal, jamás dejaron de responder. Lo llamaron orden, cambiándole de sexo, para lograr ocultar con él, de algún modo, su aviesa intención.

¡Ay, Julio querido! Hoy yo te convoco con el alma y más, deseando que fueras el primero en llegar. Y aunque no me digas una sola palabra, tu presencia me bastará para confirmar, mirándote a los ojos, como hacía entonces, que tu amor fue bueno y que el poder que me ofreciste y yo acepté era más bueno todavía. ¡Cuánto hay que esperar para que el cuerpo no pida nada más! ¡Cuánto tiempo! Yo jamás pedía por haber sido ambiciosa. No, yo pedía, simplemente, para él, porque no encontraba -en nada ni en nadie- la manera de saciarlo. Te lo juro, Julio. Primero fue el amor, el del intenso latido, el que se negó a quererme. Él se fue un día de mi lado y yo no logré comprender nunca por qué lo que todos llamaban virtud, me convirtió en perdedora. Quiero recordarte, para que todos los espectros se dispersen y para que la verdad de lo ocurrido, de algún modo, me tranquilice el alma. Ella, mi alma, vibra aún dentro de mí y el murmullo de su voz apagada todavía me quita el sueño. Hace mucho que no duermo bien. Los sonidos que me llegan del pasado me lo niegan. Es entonces cuando entre mis sábanas, entre mis viejas y memoriosas sábanas, noche a noche, lo que significa todas las noches, de todos estos años de pobreza y desorden; en esas horas horribles, sombreadas, en donde el claroscuro de la luna y la aurora, de común acuerdo, se

asocian sólo para que, del futuro, yo ensueñe la fe con la que espanto el miedo, te me apareces tal cual eras: fuerte, viril, sin estridencias. Dándote a mí, vigoroso y con la carga de enérgica ternura que mi cuerpo necesitaba y vos dejabas dentro de mí, para que yo siguiera viviendo, libre, solitaria, silenciosa y colmada de amor, el que me duraba siempre, hasta la próxima vez. El placer que por influjo del aroma de tu cuerpo y del aliento de tu boca generabas en mí y el goce que tus manos me ofrecían y yo aceptaba, desapareciendo, ubicada arriba o abajo o rodando metida entre tus brazos, tratando al mismo tiempo de retribuir la maravilla, para que no acabara pronto sino luego, cuando mi corazón y el tuyo parecían no dar más, me demuestran que la idea es un hecho, aunque no vea la luz. Es un hecho, tan verídico como pretende serlo mi obra, que de tan fría quema y de tan animada vive a su manera, repartiendo sensaciones, generadoras de otras sensaciones, impredecibles, únicas. Ella pretende serlo y yo la dejo. ¡Cómo no dejarla! La idea que es recuerdo o remembranza y proyecto esperanzado, no es sólo eso, tan verídico como un puente, es también un acto de fe si se descarga, vertiendo traducida el contenido. Así es cuando trasciende.

Te explico, Julio, no quiero enumerarte frustraciones. Tu poder se interpuso en el momento justo. Tal vez para darme el brío del cual la mujer desconoció su manejo por años. Y murmuraron. Murmuraron los que tenían negada toda forma de creación y contaban con una aliada fuerte: la calumnia. Y nos crearon con los fragmentos de los hechos que de a poco pudieron detectar. Entonces, esos hechos, transformados en mágicos, ya libres, en delirante pleno crecimiento, nos dotaron de un prestigio mítico, casi demoníaco, no ya digno de la vida y las costumbres de nuestra Buenos Aires, a las que siempre respeté, sino del más complicado ritual esotérico. Nos convertimos en héroes trágicos, no tanto vos, Julio, a quien las habladurías exaltaban tu condición. Yo, en cambio, sentía los prejuicios y nuestras necesarias relaciones, como enredados entre los hilos mal tejidos, concretados en los telares que, por rústicos y por esa clase de áspero tramado, acrecentaban la desolación de los desprotegidos. Y yo lo estaba a pesar de la gran sombra de tu figura proyectada amorosamente sobre mi persona. La latente posibilidad trágica que prometía esa sobre-realidad, aparentemente diluida, se me desplomó encima como un alud de mugre al concretarse. Fue cuando buscando que me redimiera en otros brazos, te fuiste de mi lado. El mundo de lo visible, unido con más fuerza que nunca a la mentira, completaron el resto. Con el hilo de acero con que la murmuración ató mi vida a la tuya, pude envolver más tarde, sin embargo, muy apretadamente, la segunda mitad de mi existencia. El contenido, jugoso como mi apellido, lo mantengo reservado. El pudor es algo que no debo perder, así me dije siempre, pero ahora comprendo de repente, que no es lo que todos afirman. El pudor es el respeto por la dignidad. Y yo a la dignidad, propia y ajena, siempre la respeté. Tal vez sea por eso que hoy quiero que conozcas por mí misma; por obra intencionada de mi más íntimo pensamiento; profundo y límpido, además, cómo fueron sucediéndose, en desfile continuado, los contrastes que signaron mi evolución vertiginosa.

El convite de la Mora es una novela exquisita.

Un abordaje único de esa artista tan especial, como fue Lola Mora, de la mano de un narrador omnisciente y a la vez casi imperceptible. Una novela muy bien estructurada. Una mirada de la autora en clave de poesía, que alcanza un lirismo siempre justo, invitándonos al banquete desde la visión de Lola y también desde la de los invitados que abandonan el mármol para darnos, a su vez, en un juego de espejos, la visión de su propia creación.

Gloria Bender

Esta novela no debe su existencia a la casualidad, no. Lola Mora fue tomando forma y perfilando su figura paralela a la que había sido real, participando activamente en la vida cotidiana de mi infancia y de mi juventud. Y lo hizo rotundamente, comunicándose conmigo desde el fondo del alma de mi madre donde, en su memoria, un día quedó cobijada.

Fue cuando, atravesando el Parque Independencia de Rosario para ir a la escuela, encontró intacta la cabeza truncada de aquel angelito de cabellera ensortijada y mirada alegre, esculpido en mármol, el cual, desde el suelo e insistentemente, le imploró llevarlo.

Pero... el "querubín ajeno" —así le dijeron—, en nombre del orden y en forma inmediata, al lugar de origen debió retornar. Tal vez para evanescerse sobre la gramilla del viejo sendero.

Un quebrantamiento malicioso, considerado como una injusticia mayor, constituyó la semilla germinal de éste, mi memorial de reconocimiento hacia su artífice.

A. P.

ISBN 987-00-0230-7



LUMEN